



LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.

2.ª Serie.

ESTE PERIÓDICO
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28
y último de cada mes.

Madrid: 9 de Abril de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Plazuela de Santa Catalina de los Donados,
núm. 2, cuarto bajo.

Núm. 10.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Rogamos á nuestros favorecedores que
lean la manifestacion que hacemos al fi-
nal de este número.

COMO CONSPIRA EL PARTIDO ESPAÑOL EN CUBA.

I.

LA INTEGRIDAD NACIONAL tiene que sostener una polémica constante contra todos los que se afanan por mantener equivocadas creencias respecto del estado y de las cuestiones de Cuba; pero una polémica razonada y digna, á la par que franca y enérgica. Así lo exige la naturaleza de la mision que se nos ha confiado.

Y hay otros motivos para que en la discusion procedamos con aquella templanza que es el distintivo de los escritos en que se defienden las buenas causas. Estamos convencidos de que el lenguaje de los dictérios, de los sarcasmos, de las retenciones malignas y de las alusiones á la personalidad del escritor, es recurso que constituye una propiedad exclusiva de los que sostienen pretendidos derechos y pensamientos injustos. El que dice la verdad no necesita, para conseguir que al fin le atiendan, lastimar á su contrario con frases intencionadas, ni buscar, creando prevenciones infundadas contra éste, un auxilio en la opinion extraviada, un auxilio que no tiene en sus argumentos ó en los hechos.

La gritería ahoga por un momento los acentos de la razon; pero llega un instante en que los que leen ó escuchan, cansados del alboroto que se hace con el objeto de que no se oiga á los demas, gritan á su vez: «callad, dejad hablar á los que quieren contestaros, porque vuestro empeño en dominar su voz, implica temor á lo que han de decirnos: suspended vuestras invectivas y vuestras palabras que son dardos contra el individuo y no racionales que convencen;» y entonces lo que dice el defensor del derecho, con mesura, con sencillez y con dignidad, es atendido y apreciado por lo mismo que no sale de los limites de la moderacion y de la calma.

Cuando aceptamos en la capital de Cuba el honrosísimo encargo de presentarnos á luchar contra tantos como aquí se emplean en malear la opinion en perjuicio de los hombres leales, no se nos ocultaban las contrariedades que nos esperaban. Comprendimos que no se economizarían medios para inhabilitarnos en nuestras tareas; que habrían de prodigárenos pueriles invectivas y alusiones sarcásticas; que se trataría de presentarnos ante el público como instrumentos mezquinos de bastardos intereses; que se buscaría cómo herirnos en nuestro amor propio; que se escudriñaría hasta nuestra vida íntima para encontrar escusa, si no verdadera, al menos especiosa y creíble en que basar ataques contra nuestro nombre; que se indagaría el modo de turbar la tranquilidad de espíritu que necesitamos para nuestras tareas; que nos aguardaban rudas pruebas en fin; pero nada fué bastante para arredrarnos ni detenernos; que todas esas dificultades, que todos esos disgustos, poco, nada valen, ni pueden nunca valer cosa alguna, ante el precio que tiene para nosotros la honra inmensa que una gran parte del partido español nos hizo al depositar en nuestra lealtad su confianza sin límites, sin someternos á ninguna clase de dependencia en nuestros trabajos, y dándonos, por decirlo así, carta blanca para exponer sus deseos y sus rectas aspiraciones.

Y cumpliremos bien ese encargo, mal que les pese á los que se desesperan, porque un cubano venga á desvanecer las inexactitudes que con bastante libertad hasta hoy han estado esparciendo en la Península, y á desvanecerlas sin las exageraciones ni la alharaca que aquellos emplean de continuo.

Esto decimos, sin referirnos á determinadas personas, á cuantos crean que con el pobre sistema de dirigirnos tales ó cuales indirectas pue-

den desviarnos de nuestro propósito, y esto consideramos oportuno indicar antes de ocuparnos de algunos sueltos del *Sufragio Universal*, no por lo que á nuestra responsabilidad se refieran ellos, que en esto no debemos ni queremos distraernos, sino por lo que á las cuestiones de Cuba atañen.

Nunca, nunca se ha conspirado en esa isla por el partido español en favor de esta ó de la otra dinastía, ni contra tal ó cual administración. ¡Nunca! Sea quien fuere el que lo contrario diga, sea quien sea el que lo contrario crea, ya proceda de buena fé, ya proceda con intencion, ó está en un error ó sustenta una inexactitud. Retamos á que públicamente se cite un sólo caso, se designe una sola persona rea de ese delito, y no se nos conteste con generalidades, ó con preguntas inútiles. Al que afirma toca la prueba, ha dicho D. Rafael María de Labra.

Don Domingo Dulce, que no pertenecía á dinastía alguna, que no era la administración, sino un jefe que con más ó menos acierto gobernaba en Cuba, tuvo que renunciar el mando, no á consecuencia de una conspiracion para echarlo, ni mereció que le rodease el disgusto popular, por el solo delito de haber declarado guerra á los negreros desde la primera época de su mando. Testigo el director de LA INTEGRIDAD NACIONAL, que siempre que asomaba la cabeza la idea separatista desde 1848, se mezclaba en la cosa pública escribiendo contra el insurgentismo.

Nosotros, que respetamos el principio de autoridad, aquí y en todas partes, no queremos jugar la razon de aquel hecho, por más que con arreglo á precedentes que pudiéramos citar y á principios que deben ser de los que forman el credo político de algunos escritores, sería no solo excusable sino justo; pero si podemos averiguar que en la noche en que el pueblo excitado exigió al general Dulce dimitiera el mando, no se obedeció á ningún plan preconcebido, ni se procedió con sujeción á concierto alguno.

Llenos los ánimos de desconfianza en la pericia de ese jefe, y en momentos de hacerse una demostracion de desaprobacion á un subalterno, rompió de repente la multitud en clamores contra aquel general. ¿Quién la guiaba? El instinto de conservacion, acaso; un temor muy perdonable, quizás. Lo que únicamente es cierto y se sabe, es que á todos sorprendió el acontecimiento; que ninguno de los que pidieron que dejase el puesto el general Dulce, había una hora antes pensado en que tal suceso pudiera provocarse ni ocurrir. Y hay un hecho eloquente que desmiente cuanto en contrario se consigne.

Si hubo conspiradores, ¿cómo fué que en el momento en que cediendo al deseo general resignó Dulce el mando en la persona designada por la ley para sucederle, cada uno y todos volvieron á sus habituales ocupaciones, sin inmiscuirse ninguno en las atribuciones de la autoridad? ¿Acaso el dignísimo jefe en quien resignó era protector de negreros? ¿Los supuestos conspiradores le impusieron condiciones?

¿Se oyó un solo grito siquiera á favor de alguna dinastía? ¿Sonó un solo acento contra el Gobierno supremo que se había dado la nacion? Cuando el general Caballero de Rodas puso el pié en Cuba ¿no se le guardó el respeto y la obediencia debida?

¿Qué conspiracion era esa que despues de triunfar acataba los mandatos del poder residente en esta capital, y que no aclamaba personas, sistemas, instituciones, ni pedia cambios, ni se ingería en las determinaciones de los nuevos representantes de la administración española?

¿Qué conspiracion era esa? Nosotros vamos á denunciarla. Era la conspiracion de la lealtad que pedia la extirpacion de los traidores que en Yara habían pisoteado la bandera española; era la conspiracion de la hidalguía y de la noble soberbia castellana indignada por los insultos hechos á nuestra nacionalidad en el teatro de Villanueva; era la conspiracion de los buenos, irritados por la impunidad de los asesinos, que desde las azoteas y ocultos detrás de las ventanas lanzaban la muerte sobre nuestros soldados, que confiados andaban por las calles de la Habana; era la conspiracion de los hombres

que prodigaban la hacienda y que exponían su vida auxiliando al Gobierno para conservar la integridad del territorio; era la conspiracion de los que abandonaban sus comodidades y sus familias para hacer el penoso servicio de guarnecer las fortalezas y las ciudades sin ser gravosos al Estado, ni aun en la manutencion durante esas fatigas; era la conspiracion que existió siempre en Cuba para mantener nuestra nacionalidad; era la conspiracion de que son parte todos los verdaderos españoles, desde la Punta de Maisi hasta el Cabo de San Antonio; que se concierta en alta voz; que no se oculta; que tiene por único lema España y por objeto la salvacion de la patria.—Si esa es conspiracion, nosotros pertenecemos á ella y somos cómplices en el crimen.

Conspiracion en que ninguno busca, ni admite honores, privilegios, destinos ni ventajas; en que cada conspirador entrega su persona y sus recursos al Gobierno; en que cada asociado hace un sacrificio sin recompensa; en que todos respetan las instituciones y los sistemas establecidos aquí, tiene el *Sufragio Universal* ejemplos que presentarnos de esa especie de conspiraciones?

¡Ojalá cada día y en todas partes se fraguaran iguales á ella!

La malicia ó la ignorancia, bien lo sabemos, ha venido difundiendo en la Península la voz de que en Cuba se conspira por el partido español: nuestros adversarios saben que eso es incierto, y lamentan que no sea verdad. Ellos desearan que ese partido conspirase y se dividiese, para aprovecharse de su division, para debilitar á los buenos que se formarían, y para crear así una diversion en beneficio de la rebelion. Por desgracia del insurgentismo, sucede lo contrario. Compacto ese gran partido, agrupándose al rededor de la autoridad y enarbolando esa bandera que la traicion no ha podido humillar, conspira unido al poder español y constituye un muro inexpugnable para la deslealtad.

Cuando el pueblo aquí medite sobre estas verdades, de seguro que aumentará las filas de sus hermanos de Ultramar, y que oirá con desden y con desprecio las amañadas declamaciones de nuestros pobres enemigos.

NUEVAS ACLARACIONES.

Con gusto reanudamos la polémica que comenzamos hace algunos días con motivo de los artículos publicados en nuestro colega *El Universal* por el Sr. Labra; se trata de esclarecer las verdaderas aspiraciones de los españoles de la Isla de Cuba, y de probar claramente que la exposicion presentada por el Sr. Cánovas es la manifestacion exacta de aquellas tendencias, y faltáramos al deber que nos hemos impuesto en la prensa y á las simpatías más caras de nuestro corazón, si no acudiéramos presurosos á una discusion que importa tanto á nuestros hermanos de las Antillas.

Por otra parte, el Sr. Labra participa de la templanza que nos hemos propuesto emplear, rechaza como nosotros ese lujo de desahogos á que se abandona por lo general alguna parte de la prensa, y estos hubieran sido para LA INTEGRIDAD suficientes títulos, si no abundara el Sr. Labra en otros muchos que hacen dignos de especial consideracion los trabajos que dedica á las cuestiones ultramarinas.

Por eso comenzaremos por rectificar el error en que ha incurrido, al asegurar que le atribuímos en la Habana una opinion favorable á la venta de Cuba. Varias veces tuvimos ocasion de ocuparnos de los escritos del Sr. Labra, las mas de ellas para refutarlos, pero nunca le supusimos los propósitos que menciona. Combatimos sí con energía que por cima de consideraciones políticas y de tradiciones respetables se quisiera alterar radicalmente la organizacion de aquellos pueblos, y se pospusiera á determinado régimen la permanencia de nuestra integridad, pero de ningún modo intentamos hacer cómplice al Sr. Labra, de doctrinas que celebráramos mucho fuera el primero en rechazar.

Conste, pues, esta declaracion que debemos á la verdad de los hechos, y al mismo Sr. La-

bra, que parece y con razon incómodo de aparecer participe de tales opiniones. Réstanos sin embargo, ántes de entrar en el fondo de la cuestion, decir algo que justifique á LA INTEGRIDAD por no haber insertado íntegro el artículo de nuestro colega. Consagramos á los asuntos que se relacionan con las provincias ultramarinas el interés que exige nuestra mision: los debates de las Cortes Constituyentes acerca del voto particular del Sr. Romero Robledo, han preocupado mucho á cuantos se interesan por el porvenir de las Antillas, obligándonos á ocupar con creces nuestro número, ya sobrado estrecho y tardío para contener cuanto nos sugeria la importancia de la discusion.

Estas, y no otras, han sido las causas que nos han impedido reproducir un artículo que examinábamos por lo demás bastante extensamente para que pudiera ser conocido de nuestros lectores.

Pero vengamos, que ya es tiempo, al objeto que motiva el artículo del Sr. Labra. No niega que en un país que no tiene representacion legal no existan más medios de manifestar sus aspiraciones que el derecho de peticion, la prensa y las reuniones públicas; pero como carece de datos que revelen por estos medios, que son los únicos posibles, tendencias que no sean las que venimos defendiendo, apela nuevamente á la presion ejercida por la *muchedumbre armada* que les es contraria, y á las prohibiciones del capitán general, olvidándose sin duda de probarnos la existencia de unas coacciones que negábamos rotundamente en nuestro número anterior.

Cierto, decíamos, que las agitaciones que trae consigo una rebelion que amenaza destruir los vínculos más sólidamente arraigados en el corazón de todos los ciudadanos, han aumentado en mucho su desconfianza hacia los enemigos de nuestra causa; cierto que evitan con energía cuanto puede dar armas á la insurreccion ó mermar la fuerza del poder español; pero nunca ni en ningún caso han impedido la libre manifestacion de sus doctrinas á los que habían dado pruebas de su lealtad. ¿Por qué, si conoce el señor Labra hechos que justifiquen que se han sofocado tendencias españolas no los manifiesta? ¿Por qué no nos cita casos en que la autoridad, ó las que llama *muchedumbres*, hayan impedido el ejercicio de un derecho á alguien conocidamente leal?

Seguramente porque los buscaría en vano. Se ha perseguido á los rebeldes; se ha escudriñado con afán la conducta de los partidarios de la insurreccion, se han puesto de relieve, como en todas partes ha sucedido, las graves penalidades que son siempre compañía inseparable de las contiendas civiles; pero esos rigores, esa odiosidad no se han extendido en ningún caso á los defensores de nuestra causa. ¿Y cómo había de suceder así? El predominio de un partido, el triunfo de una escuela desarrollan tendencias exclusivistas, temores que crean por lo comun represalias ó persecuciones injustas; pero en Cuba, que no existe más interés que el de la patria de todos, en Cuba, que se debate la permanencia de una nacionalidad, los ánimos no pueden dividirse en cuestiones que tienen un interés secundario ante la existencia misma de la lucha de que se intenta triunfar.

Por eso se han agrupado al rededor de la autoridad, olvidando sus antiguas diferencias, cuantos componen hoy el partido leal; por eso se han acallado los distintos matices en que se divide la opinion; por eso no hay nunca necesidad de sofocar aspiraciones perturbadoras del elemento español.

Y no se diga que la presion de nadie realiza esta unidad, porque si se desconociera un hecho que han creado tantas circunstancias especiales, si se quisiera prescindir de las consideraciones políticas que lo han formado, halláramos, aun en la conducta del Capitán general, testimonios que justificasen sobradamente que no existe la coaccion que se intenta presentar.

Protesta contra los deseos del partido, era el artículo de *La Voz de Cuba*, destinada á más extensa circulacion en la isla que cualquiera súplica dirigida al Gobierno; y sin embargo, se presentó á la censura, obtuvo permiso para propagarse, y la autoridad que tiene el derecho de

suspender su publicación no quiso hacerlo, por no limitar unas tendencias que, aunque muy equivocadas, eran hijas, sin embargo, de un sentimiento español.

El Sr. Labra supone, por el contrario, que existe un fanatismo en la *muchedumbre armada* que la conduce caprichosamente a invadir todo derecho, y a ver solapados enemigos de España en los *reformistas* de 1860, desconociendo por completo que existen por desgracia sobrados motivos que justifican este temor. Morales Lemus, Bramosio, Pedro Martín Rivero, Embyl, Aldama, Mestre, Bachiller y Morales, Cisneros Correa, Camejo, Ponce de Leon, Javier Cisneros y algunos más que firmaban, en la época que cita el Sr. Labra, una carta al general Serrano aconsejando reformas liberales, vinieron posteriormente a las informaciones creadas por el Sr. Cánovas, insistiendo nuevamente en el planteamiento de doctrinas absolutas y decantando españolismo, y hoy son los que componen en los Estados-Unidos la junta directiva de la insurrección cubana.

No son pues recelos infundados ni exageraciones de patriotismo las que mueven a aquellos españoles a considerar ciertas reformas como el medio insidioso de ocultar las aspiraciones separatistas, porque a su vista, personas que obtenían la consideración pública por su *lealtad*, han olvidado sus deberes, han roto sus compromisos y han cooperado con ahínco a organizar la lucha que ha esquilmo su riqueza, cubriendo de sangre y luto los antes apacibles campos de las Antillas.

Vemos pues que no hay nada, absolutamente nada que pruebe la existencia de opiniones contrarias a la manifestada por los cubanos en la exposición que ha suscitado esta polémica, ni de coacciones que hayan impedido la libre manifestación de cualquiera sentimientos; estamos, por lo tanto en el caso de negar que entre los españoles leales de la isla de Cuba haya quien se oponga a lo suplicado por los doce mil firmantes; y créanos el Sr. Labra, mientras no pruebe que han existido más testimonios en contra que el artículo, ya harto discutido, del Sr. Castañón, o disposiciones de la autoridad que los hayan estorbado, hallará pocos que apoyen su opinión, por más que las autoridades con sus reiteradas afirmaciones. De buena gana añadiríamos nuevos argumentos a los ya expuestos, pero es ya algo difusa esta réplica, que cansará seguramente la atención de nuestros lectores. Nótese, sin embargo, que hemos analizado esta cuestión con tanta prolijidad, porque estimamos de gran importancia al discutirse el voto particular del Sr. Romero Robledo, la representación del partido español de la isla de Cuba, y que no creemos como el Sr. Labra que son *detalles* insignificantes los hechos que constituyen el objeto principal de la polémica que veníamos sosteniendo.

Pronto, muy pronto, esperamos que termine la insurrección; las noticias oficiales anuncian nuevos triunfos y esperanzas de próximos y definitivos sucesos, la situación decadente de los enemigos hace que lo esperemos así, y el heroísmo de nuestros hermanos es una prenda más que debe llevar el sosiego a los que temieron alguna vez por la integridad del territorio y la honra de nuestra bandera. Nosotros que nunca dudamos, esperamos con regocijo el período de la paz; por conseguirla vinimos a aconsejar una política discreta, luchando con los que ciegos o arteros intentaban aumentar los gérmenes de perturbación; cuando nuestras esperanzas se realicen por completo, cuando la calma borre los odios que brotan aún con sobrada pujanza en aquellos pueblos, y se hallen en las Cortes los representantes que tantas veces indicamos era conveniente elegir, propondremos mejoras, pediremos alteraciones, aunque fijos siempre en que sólo es fructífera la libertad que se desarrolla con la garantía del orden, y el abrigo de las tradiciones patrias.

EL COMERCIO DE AZÚCAR

EN ESPAÑA.

Cada vez que hemos tenido a la vista tanto las balanzas comerciales de los años últimos, como los estados comparativos de la producción exuberante de las islas de Cuba y Puerto-Rico, no hemos podido menos de hacernos una reflexión amarga: que no hay la debida reciprocidad proporcional entre la Metrópoli y sus colonias, en cuanto al cambio y consumo de sus respectivas producciones; que las Antillas son tributarias en mucho al extranjero de su riqueza, pues sin los mercados de este, por ciertos errores económicos, España no pudiera haber remunerado ella sola la febril actividad de sus habitantes, ni les habría proporcionado todo el aliciente necesario para sacar partido de su asombrosa feracidad.

Si económicamente esta es una verdad que resalta al comparar la marcha y las transacciones de todos los pueblos, es mucho mayor el contraste, cuando meditamos lo que es y ha sido Inglaterra para sus colonias, y lo que nosotros somos y hemos sido respecto a las nuestras. Pero de ese mismo paralelo podemos sacar consecuencias conso-

ladoras, pues si bajo el punto de vista de los intereses materiales ni nos hemos impuesto, ni hemos absorbido la vida de los países que civilizábamos, en cambio hemos sabido siempre con nuestra égida tutelar, fomentar el vínculo de cariño y de unión que los unía a nosotros, de modo, que solo causas funestas que no entrañaba la indole de aquellos pueblos, son las que han podido fomentar instintos de disgregación, que si entre nosotros eran un accidente desgraciado, entre los ingleses constituían la esencia de su régimen colonial; nuestros lazos de unión con nuestros dominios fueron siempre el cariño y el respeto, mientras el único vínculo que sostiene el poder Británico es la conveniencia o la fuerza.

La España no ha sido explotadora; daba a sus creaciones cuanto tenía, y exenta del egoísmo de otras naciones, no sólo ha enseñado a sus colonias a bastarse, sino que sin retirarles un instante su apoyo ni su protección, las ha ayudado a desenvolver sus elementos inmensos de riqueza, y a proporcionarles en el comercio del mundo lo que *para sí propia* no procuraba.

Por eso al comenzar enunciábamos cierta amargura, pues grande es la que produce no ver prosperar y crecer y engrandecerse a la par de la hija, la madre a quien todo lo debe, y que aún en medio de tales contrastes de la suerte, aún haya bastante amor en la última, para acudir en auxilio de la otra en todos sus quebrantos y peligros. ¿Cómo extrañar, pues, que los que sienten en el fondo del alma la esencia de lo que es nuestra nacionalidad, resistan y luchen y mueran antes que renegar?

Esta digresión no es impertinente, pues ella explica lo que sólo hijos ingratos son capaces de negar; que si Cuba ostenta una inmensa riqueza, no la debe sólo a su clima y a su portentosa fertilidad, sino a la solícita protección de la Metrópoli, y a ese espíritu de cohesión y fraternal energía, que tanto hizo valer en todos tiempos a los españoles en sus empresas lejanas. Sin esa perseverante vigilancia de España, sin la trañquila confianza que inspiraba a sus hijos en las playas de América, ¿qué habría sido Cuba? Santo Domingo, Venezuela, Florida, Yucatan y otros países a que dan sombra distintos pabellones, no han salido de su atraso y de su pobreza, a pesar de deber a la Providencia idénticas condiciones de feracidad que Cuba; y eso habría sido Cuba, a no seguirse esa política especial, que ha tenido siempre un solo objetivo: su sosiego y su prosperidad.

Esa prosperidad la ha hecho el primer país productor de la América Española, y los mercados del mundo entero, siéndole tributarios, atestiguan que es una joya digna de mejores destinos, que los que le preparaban algunos de sus desnaturalizados hijos: los que allí no ven más que azúcar y tabaco, y bandadas de negros forzando la tierra a que los produzca, es porque no consideran más que el lado vulgar de las cosas humanas; pues si meditaran, en vez de calificarla de foco de abominaciones, reconocerían su misión providencial en el mundo, y verían el dique o escollo entre dos civilizaciones que han luchado y que aún lucharán, mientras en su mismo seno se verifica la evolución pacífica de una raza próxima a regenerarse.

Pero en tanto que su situación privilegiada evita a las naciones de Europa las luchas y conflictos que originaría el caer la llave del Golfo Mexicano en una sola mano, sigue sirviendo de lazo de unión a todos los pueblos, y como un oasis de concordia en medio de la guerra civil crónica que devora y desgarrar el resto de América. Hagámonos la ilusión de que sólo un ligero contagio es lo que ha sufrido, rodeada como estaba de pueblos enfermos, y demos por pasado lo que tantas lágrimas y angustias ha hecho devorar; y si aún dudáramos, sería para quedar luego más espantados ante la fabulosa producción de un pueblo, que durante los estragos de la guerra civil ha tenido bastante exuberancia de riqueza, y bastante fortaleza de espíritu en sus habitantes para exportar sólo en el ramo de azúcares por valor de 70 millones de duros (1.400 millones de reales vellón.)

No nos sorprende tanto esta cifra, como la circunstancia de que comparados estos valores exportados con los del año anterior a la guerra, sólo arrojan unos cuatro millones de duros menos de diferencia, lo cual resulta de los estados comparativos publicados oficialmente en la Habana y que extraetamos a continuación, alvirtiendo que no comprendemos más que lo exportado, debiendo haber quedado lo suficiente en Cuba para el consumo de sus 1.500.000 habitantes.

EXPORTACION.

	Cajas de azúcar.	Bocoyes de miel.	Valores en pesos fuertes.
1888.	3.391.172.	396.251.	
1889.	3.129.747.	382.152.	70.000.000.

Lo único que desconciela en tales cifras, es que a España no haya venido más que el 7 por 100 de los azúcares exportados de Cuba, y la importación de mieles haya sido nula; cosa estraña, cuando comparamos la afección con que los Estados-Unidos se apresuran a comprar para sus refineries casi la totalidad de las mieles de toda la cosecha.

Habiendo refineries en España, nos estraña este desdén de los fabricantes por ese producto bruto,

que debían preferir por su baratura como primera materia, con preferencia a azúcares de más precio que hoy emplean.

Pero la singularidad crece, cuando siendo España la nación más productora en azúcares, estudiamos la estadística de este fruto en el consumo del mundo, y hallamos, que mientras en Inglaterra se consumen 19 kilogramos al año por habitante, en los Estados-Unidos 11, en Holanda 7, y en Francia 7, en España sólo sale el consumo a 3 kilogramos por persona. La nación más rica y abundante en azúcares es la que tiene menos consumidores.

Investigando las causas de esos dos hechos, y no conformándonos con que se espique por el poco bienestar de que disfrutaban nuestras clases proletarias, cuando en el extranjero se permiten ese lujo, por estar a su alcance, hallamos que quizás influya más que nada el arancel de aduanas. Y en efecto, no se concibe que a las mieles, que apenas tienen consumo alguno en España, se las grave con 9 1/2 reales por quintal métrico, equivalentes a un 10 por 100 sobre su valor, y a los azúcares, sin distinción de clases, desde el moscabado hasta el blanco florete, se les fijen 76 reales por quintal métrico, ó sean los 100 kilogramos, de modo, que así salen más gravados los azúcares inferiores, y se ponen fuera del alcance de las familias pobres, cuando sin atender a otras consideraciones y no fijándonos más que en el interés de la Hacienda, ésta debía haber establecido escalas proporcionales, aunque ya hoy la necesidad requiere reforma más radical. Esto ha disminuido el consumo, y ha cerrado por completo la puerta a las mieles de Cuba y Puerto-Rico, que con libertad de derechos, es seguro que vendrían a nuestros mercados y fomentarian las industrias que de ellas se utilizan, pero que con tal gravamen tienen que rechazarlas, pues con igual costo hallan más ventajas y menos merma empleando azúcar.

Si al menos fuera este un artículo que hubiera dado grandes rendimientos a la renta de aduanas se comprendería su subsistencia en el cuadro del arancel; pero es tan exiguo su producto, que para que nuestros lectores juzguen de la improcedencia de tal restricción, vamos a exponer el último dato oficial que se tiene y es la balanza mercantil de 1886.

Durante dicho año fueron importados de las Antillas a España ó Islas adyacentes:

Kilogramos de azúcar	35.013.434
Derechos de aduana pagados.	28.826.480 de reales.
Kilogramos de mieles.	22.360
Derechos pagados.	6.280 de reales.

Y por tan misera cantidad se mantiene una partida en el Arancel y se molesta y hace perder el tiempo a los empleados con aforos inútiles? ¿Y aún se obstinará la Hacienda de esa manera indirecta é infructuosa en impedir que se vulgarice y propague en España el uso de las mieles?

Pero cuando la injusticia es más palmaria, es al tratar de los refinados extranjeros, que sin saber por qué, y cuando su consumo estaba restringido, se les ha bajado el derecho una mitad en el último Arancel, dando por resultado que hoy hacen una concurrencia desastrosa é insostenible a los azúcares blancos de la Habana, y están dando lugar a los clamores de todos los refinadores de España.

Era tanto más incomprensible la baja extraordinaria con que se alivió al refino extranjero en el Arancel, que examinando la misma balanza del año 1886 hallamos que sólo se importó en España y se pagó a la renta lo siguiente:

Kilogramos de refino extranjero.	37.934
Derechos pagados en Rs. vn.	82.850

En virtud del estado de cosas que han traído estas innovaciones, en todos los puertos de España y mercados del interior, entre los comisionistas de frutos coloniales y comerciantes del gremio, se alza un clamor unánime, concretando sus votos, ó a que se vuelva a alzar el derecho de los refinados extranjeros, ó a que se rebajen notablemente los azúcares de nuestras Antillas. Hay una invasión completa de aquellos ofreciéndose a tan bajos precios como nunca se conocieron, y algunas quiebras ha causado ya a tenedores de grandes cantidades de la Habana, por tener que venderlas con pérdida para llenar sus obligaciones, y no hallar ofertas que compensaran los costos.

Si tal estado de cosas sigue, no será difícil que los azúcares blancos de la Habana no vuelvan a España; lo cual traerá por consecuencia gran quebranto a los navieros que tenían sus fletes de retorno seguros, y tendrán entonces que volver en lastre: gran baja en el rendimiento de aduanas por la cesación de importaciones: clausura ó interrupción de relaciones mercantiles y quebranto en los cambios de los corresponsales de Cuba; y por último, existiendo menos demanda, ó disminuyendo los pedidos de estos mercados, lejos de seguir fomentándose la producción en Cuba, menguará por el temor de no hallar colocación en este mercado.

Otra cosa peor puede suceder, y es que todos los azúcares inferiores tomen la ruta del Estrangero, para que luego nos sean importados refinados, ni más ni menos que hoy se hace con nuestros aceites y vinos bastos, que los llevan a Francia casi de balde y nos los devuelven clarificados y como de producción extranjera.

Esto sería matar nuestra industria y nuestro comercio sin provecho de nadie.

Las Cortes están reunidas: es verdad que se consignó en la ley que en seis años fuera inalterable el Arancel, pero jamás pudo constituir un veto para nuestros intereses nacionales, y mucho menos palpándose la evidencia de los perjuicios. Las Cortes pueden, pues, mejorar ó reformar lo que antes hicieron.

Enhorabuena que por evitarnos gestiones extranjeras no toquemos a la concesión que ya se hizo a los productos franceses; pero esto no debe coartar la libertad de acción que hay para alterar las demas partidas en cuanto conciernen sólo a nuestros nacionales. Por lo mismo que se asegura que los representantes de esas fábricas extranjeras gestionan con ahínco para que no se rebaje nada a nuestros frutos indígenas, y que en esta pretensión, si es cierta, va envuelta un monopolio odioso, deben el Gobierno y las Cortes hacer alarde de independencia absoluta.

Los males que ya se han causado y que van agravándose pueden tener remedio; la triste necesidad es la que obliga a implantar ciertas modificaciones importantes en el Arancel, que podrían desarrollarse bajo las bases siguientes:

1.ª Libertad ó franquicia absoluta de derechos a las mieles, moscabados y quebrados procedentes de las Antillas españolas.

2.ª Rebajar a los blancos y floretes el 33 por 100 de lo que hoy tienen señalado.

Sólo así se compensará la enorme bonificación que obtienen los refinados extranjeros a su entrada en España, contribuyendo a aumentar su baratura las enormes cantidades que hoy se introducen de contrabando.

Si esto se hiciera, las transacciones paralizadas en este ramo de comercio y la decadencia de otros tendrían pronto alivio. Estimulada la navegación con los mayores portes que traería la baratura del género, todas las consecuencias generales al progreso comercial serían palpables para la Hacienda y el País.

Entonces sería inevitable la formación de los grandes depósitos de frutos coloniales en España a donde vendrían a surtir los buques de toda Europa; pudiendo nosotros atraer a los que acuden hoy a los docks de Londres a surtir, y rivalizar con ventaja, tanto por la baratura, como por nuestra situación geográfica privilegiada.

Siendo entre nosotros la mano de obra y los jornales más baratos que en los Estados-Unidos, ¿no sería natural que el monopolio de las mieles que hoy explotan en nuestras Antillas, se lo arrancáramos, trayendo a nuestro país la misma riqueza que ellos deben a nuestros productos?

Mayor riqueza imponible en España y mayor número de brazos empleados: estímulo y aumento de producción en Cuba y relaciones más frecuentes con la metrópoli, serían las primeras consecuencias de tales concesiones, tan justas en el fondo como imprescindibles en las circunstancias que atravesamos.

Si Cuba está ya salvada, justo y hasta conveniente será ofrecer nuevos alicientes a la energía de sus habitantes: sepan que aquí se les abre un mercado inmenso é inagotable a sus productos, y las tristes pasiones que despertó la guerra, serán sustituidas por nuevo amor al trabajo, y nuevo ardor en las empresas.

RÉPLICA.

Contra lo que esperábamos, contra lo que había creído la habitual indiferencia con que se mira entre nosotros a un ministro que dejó de serlo, ha habido un periódico que ha empuñado armas en favor de la política del Sr. Becerra, y que se ha creído obligado para defenderle mejor a convertir los argumentos en censuras violentas contra nosotros.

Librenos Dios de seguir a ese periódico en la poco envidiable tarea de hacer gala de virulencia, como medio de cumplir mejor su deber de panegirista; nosotros, que no pertenecemos a ninguna fracción política, que consagrados principalmente a defender la integridad del territorio y la honra de la nación española, estamos exentos de compromisos personales y de animosidades pequeñas, olvidamos las palabras de nuestro colega, que no ha de ir la violencia de sus frases a empuñar ni por un momento la seriedad con que discutimos, la dignidad con que censuramos, el decoro que se merece en fin el público para quien escribimos.

Conste, sin embargo, que no hemos provocado esos ataques, que no somos adversarios ni amigos del Sr. Becerra, y que si consideráramos perjudicial la política que intentó plantear en las Antillas, y oportuna la reserva del señor Ayala, lo hacíamos exponiendo hechos y argumentos que ni siquiera ha indicado el articulista de *El Puente de Alcolea*.

Declama contra los *negreros*, ensalza a su sabor al Sr. Becerra, asegura que la insurrección se ha dominado por su conducta, y califica de ignorantes a los que redactamos este periódico; pero en una forma tan desusada, á la verdad, que lo copiaríamos íntegro, para escarmiento de cuantos intenten llevarnos a este género de discusiones, si no contáramos con los reducidos límites de nuestra publicación.

Algo debemos sin embargo rectificar entre lo que se dice en el artículo de ese papel; nosotros no hemos combatido nunca las economías del Sr. Becerra, hubiéramos deseado por el contrario que fueran tales y tan justas como exige la situación de las Antillas, y es seguro que á haber seguido este sistema habríamos encontrado plácemes sinceros, en cuantos se interesan por el porvenir de las provincias ultramarinas.

Pero por desgracia no sucedió así: se entregó á las exageraciones que son siempre la política de las medianías; abandonado de las minorías inteligentes, que son la verdadera opinión pública de los países cultos, buscó ocasiones de popularidad realizando las teorías absolutas de las escuelas más avanzadas, y consiguió ciertamente el lauro de las muchedumbres inquietas; pero se enagénó para siempre la confianza de los que anhelan para el gobierno de los pueblos la elevación de miras y la cultura de ingenio que forman los hombres de Estado en los países regidos por instituciones parlamentarias.

El Puente de Alcolea cree con imparcialidad que el Sr. Becerra realizó cumplidamente su misión; nosotros creemos lo contrario, y tenemos una ventaja sobre nuestro colega: que hemos dado razones que no se ha ocupado en rebatir. No somos sin embargo los llamados á decidir en tan importante cuestión: la gritería de los primeros momentos pasa, el nivel moral se restablece pronto, y el juicio de la posteridad, recto porque no tiene pasión, severo porque es inmortal, y exacto porque es la justicia misma, vendrá á distribuir equitativamente el galardón á quien lo haya merecido, el odio popular y la vergüenza para el que se hiciere acreedor á ella por sus torpezas.

Ignoramos si el Sr. Becerra será de los llamados á recoger laureos de la posteridad; quizás logre tanta dicha, quizás la haya merecido; pero si juzgamos los hechos por lo que entre nosotros ha sucedido, si testimonio de la conducta de un ministro es la prosperidad que contribuyó á crear, y la gratitud de los que participaron de sus beneficios, sospechamos que serán pocas las glorias que está destinado á alcanzar.

Hemos vivido entre los cubanos, hemos recogido más de una vez los sentimientos que les producían los actos del Sr. Becerra, y bajo esta impresión escribimos lo que dijimos el otro día y repetimos hoy. Si medita con seriedad en su conducta, si recuerda desapasionadamente la impaciencia con que pugnó con el sentimiento español de las Antillas, seguro es que reconocerá, aunque tarde, que pudo haber comprometido la situación de Cuba, que ha escitado disgustos que no existían, y que sólo la lealtad y el patriotismo de nuestros hermanos han podido destruir los malos efectos de una política tan equivocada.

En cuanto á los que procuran destruir el efecto de nuestras razones con intencionadas reticencias, ó rencorosos murmullos, sepan de hoy para siempre que hallarán en nosotros el más profundo desden, y aquella cortesía que es siempre la tutora de la libertad; pero si á pesar de esto se intenta destruir nuestra limpia fama con declamaciones agresivas, las exponemos en nuestras columnas, seguros de que la opinión pública censurará por nosotros á los que olviden de un modo tan lastimoso la misión del periodismo y las exigencias del respeto público.

Leemos en el *Diario Español* del jueves 7 del corriente lo que á continuación reproducimos:

«El periódico LA INTEGRIDAD NACIONAL, correspondiente al día de ayer, que no hemos recibido hasta hoy, contiene un ataque feroz, violento, al Sr. Moret, Ministro de Ultramar.»

Consiste ese ataque en dar publicidad á la noticia, que dice haber oído en el salón de conferencias del Congreso, de que el Sr. Moret había ofrecido la subsecretaría del ministerio de Ultramar al Sr. D. Nicolás Azcárate.

Suponemos que se alude al fundador, propietario y director de *La Voz del Siglo*, diario filibustero, creado en Madrid á raíz de la revolución, y cuya parte económica corría á cargo del Sr. Moret.

Como esto equivaldría, en cierto modo, á entregar á España atada de pies y manos á los insurrectos, suponemos que se falta á la verdad, pues el Sr. Moret es incapaz, á todas luces, de semejante felonía.

El Sr. Moret, siguiendo las huellas de su antecesor el Sr. Becerra, se equivoca sin duda; pero entre equivocarse de buena fé, ó por pasión política, á vender la Isla de Cuba, hay un abismo insuperable.

La lectura de ese suelto nos ha llevado á consultar lo que dijimos respecto del Sr. Moret, del Sr. Azcárate y del Sr. Escoriaza, para ver si encontrábamos el ataque feroz, violento, que se dice hicimos al ministro de Ultramar.

He aquí nuestras palabras:

«Ayer se decía en la Sala de Conferencias, que el señor Moret había ofrecido la subsecretaría de Ultramar al Sr. D. Nicolás Azcárate, y ante la negativa de éste había indicado al Sr. Escoriaza.»

Si en estas líneas ha hallado *El Diario Español* motivo para suponer que se falta á la verdad, nos atrevemos á indicarle que nosotros

suponemos que su suposición ha sido muy aventurada. Tan es así, como que hoy mismo hemos oído decir á personas muy respetables, que no habían visto nuestro periódico, que desde que el nuevo ministro aceptó el puesto que hoy ocupa, se decía por muchos, que había ofrecido la subsecretaría de su ministerio al Sr. Azcárate, y después había indicado al señor Escoriaza.

Respecto de lo demás que en el suelto de *El Diario Español* se lee, sobre *La Voz del Siglo*, diario filibustero (según asegura nuestro colega) creado en Madrid á raíz de la revolución, y por el primero de esos dos señores, y del que fué colaborador el Sr. Moret, nada se encuentra en la noticia que dimos, así como tampoco en la redacción de ésta hay cosa alguna que revele un ataque feroz, violento, á este funcionario.

LA INTEGRIDAD NACIONAL tiene establecida como regla de conducta, juzgar á los hombres de gobierno por sus hechos en lo referente á las cuestiones de Cuba, no por los actos de su vida pasada, si éstos no se repiten en perjuicio de nuestra causa.

El Diario de Barcelona ha tomado como una afirmación nuestra lo que indicamos como una sospecha ó una duda muy excusable, sobre las iniciales N. P. con que aparecieron suscritas las líneas que precedían á la relación de la conferencia que, se dice, hubo entre el corresponsal de un periódico de New-York y el senador Sumner, sobre asuntos de Cuba.

No fué ese nuestro ánimo, ni tal afirmación hicimos. Respecto de que las conferencias del corresponsal del *Diario* en la espresada ciudad norteamericana, si de algo pecan es de exagerado españolismo, por cuya razón no debiera confundirse la firma con la del redactor de *La Revolución*, haremos á nuestro colega de Barcelona dos observaciones.

Es la primera, que el individuo á que nosotros hicimos, alusión más de una vez ha hecho alarde de lealtad, para así á mansalva burlar la buena fé de los buenos: es la segunda, que las correspondencias del colaborador del *Diario* en New-York, podían demostrar un gran españolismo, pero no pecar por exageradas en él. Los grandes arranques de amor y de entusiasmo patrio, nunca son pecados ni exageraciones.

Por lo demás, las esplicaciones del periódico barcelonés, desvaneciendo nuestras dudas, nos confirman en la idea que tenemos de esa publicación, olvidando la equivocación que padeció hace tiempo al aconsejar la venta de Cuba á los Estados Unidos.

La Política nos da una semi-esperanza de que el alto que ha hecho el Sr. Moret en las cuestiones de Ultramar, no tiene otro objeto que estudiarlas concienzudamente, y que no llevará á su última etapa nuestro poder en América.

Felices seríamos si tales seguridades se confirmaran; y por lo mismo que no nos guían compromisos de partido, y nos ceñiremos tan sólo á abogar por todo lo que consolide nuestra nacionalidad en las Antillas, tendríamos una gran satisfacción en que los primeros actos del Sr. Moret nos dieran motivo sólo para aplaudirlo; lo que haremos cordialmente, si apartándose de la senda funesta y errónea seguida por su antecesor, y que tantas alarmas produjo en los españoles de Cuba, entra de lleno á gobernar desembarazándose de los que, se dice, empezaron á asediarse con las mismas pretensiones y consejos con que se acogió al desgraciado general Dulce á su llegada á la Habana.—La privilegiada inteligencia del Sr. Moret, debe fijarse un momento en aquella triste enseñanza, para no caer en engaños parecidos, y ahorrar á su patria nuevos días de luto. Cuando aquella autoridad conoció á los que le habían hecho tantas falsas promesas de españolismo, fué ya tarde; la sangre había corrido, y aunque retiró lo mismo que hoy piden de nuevo al Sr. Moret, y que él había concedido creyendo en la buena fé de los reformistas, ya el mal no tuvo remedio, siendo necesaria una mortífera campaña para no perderlo todo.

Si el Sr. Moret quiere ilustrarse por completo en este asunto, consulte á los habitantes de Cuba, y pronto podrá saber qué es lo que opinan sobre los que aquí aconsejan una política de perdición y de ruina, quizás sin mala intención, pero con sobra de ignorancia de lo que es aquel país.

Tomamos de *La Epoca* (5 del presente) las siguientes líneas, sobre las cuales llamamos la atención del pueblo madrileño:

«Denuncia *El Eco de España* un hecho que, aunque de carácter un tanto privado, es una verdadera manifestación anti nacional, de esas que sólo se verifican cuando los pueblos han llegado ya á un estado de postreación bastante á determinar la relajación de los altos caracteres que constituyen el de una nacionalidad.

Nuestro colega dice lo siguiente: «Varios laborantes que viven entre nosotros se reunieron para celebrar con un banquete dos hechos que formarían época en la historia española. La votación desechando el voto particular en el proyecto de Constitución de Puerto-Rico, y el discurso del Sr. Moret, ex-re-

dactor de *La Voz del Siglo*, famoso periódico anti-español.

Se pronunciaron bastantes brindis y se leyeron varias poesías; y cómo serían estas y aquellos, qué de insultos y ultrajes se harían á España, cuando los camareros de la fonda que servían á los laborantes hicieron presente al dueño del establecimiento que ellos no podían entrar en aquella habitación, en donde los reunidos en ella estaban insultando á España y á los españoles.»

Si *El Eco de España* no ha sido sorprendido; si el hecho es cierto, nos complacemos en anticipar la seguridad de que el joven ministro de Ultramar será el primero en protestar contra la interpretación dada á sus palabras. Podrá equivocarse respecto de la política que deba hacerse en las provincias ultramarinas; pero jamás se prestará á los deseos de los enemigos de España. Es una justicia que nosotros debemos hacerle y en la que confiadamente esperamos no ser defraudados.

¿Qué espresivo no sería el lenguaje de los laborantes en la comida que tuvo lugar en una fonda, cuando los camareros se negaron á entrar en la habitación á servir á los concurrentes?

Los que aún sostienen que son ideas liberales y no separatistas las de nuestros enemigos, tienen una prueba en favor de sus argumentos en ese hecho.

Al fin ha llegado el día en que podemos utilizar el testimonio de *El Universal* en corroboración de lo que hemos sostenido tantas veces, respecto á la criminal ingerencia de los agentes filibusteros en nuestras discordias civiles. La gran esperanza que abrigamos de que la anarquía en España les proporcionará el triunfo de la causa en Cuba, es lo que les mueve á atizar todas las rebeliones que aquí surgen, tomando en ellas una parte activa. Dice así nuestro apreciable colega:

«Las noticias últimamente recibidas de Barcelona dan ya por terminada la insurrección, la cual estaba reducida al pueblo de Gracia, donde los insurrectos, reducidos al último extremo, habían pedido capitulación.

Según telegramas que hemos visto, al frente de los insurrectos estaban unidos los carlistas y los republicanos llamados los intransigentes, pues está ya fuera de toda duda que una junta compuesta de estos dos elementos había funcionado en Gracia. Entre los prisioneros hechos por las tropas, se cuentan cuatro agentes filibusteros llegados de Cuba.»

Y á propósito, llamamos la atención de *La Discusión* sobre este suelto de su *correligionario*, pues hace días aseguró que los que habían venido á España eran agentes negreros, y no de los filibusteros, y ahora afirma *El Universal* quiénes son los recién llegados que tan buena ayuda están prestando á los insurrectos de Gracia.

Tiene razón de sobra nuestro colega *El Diario Español*, en lo que reproducimos á continuación:

«Antes de ahora había en Madrid, en Barcelona, en Cádiz, Santander, etc., etc., agentes ocultos, disfrazados, de los laborantes de Cuba; esos y otros que han venido á reforzarlos y fortalecer la gestión de aquellos, provistos de medios de todas clases, ocultan periódicamente sus intentos, sus designios y sus esperanzas. Bullen en todas las regiones, en todos los círculos; penetran en los ministerios y en las direcciones, en el Congreso, en todos los círculos políticos, literarios y sociales, y adulando bajamente á unos y á otros, doblegándose ante todas las opiniones, procuran congraciarse en todas partes, y por este medio van creando una atmósfera casi insensible, pero impregnada de miasmas filibusteros, que disimulan bajo el velo, el pretexto y el sagrado nombre de la libertad.

Esa conducta, esos trabajos, se dejan sentir, se manifiestan de vez en cuando, ora en las columnas de un periódico, ora en el discurso de un orador, ora en medidas inocentes, y lógicas, y plausibles, al parecer; pero cuyo motor oculto, invisible, es el filibusterismo de acá que responde al filibusterismo de allá.

Lo más anómalo del caso es, que todo el mundo conoce á esos hombres, pérfidos y perjudiciales; que se sabe las regiones y los círculos políticos y sociales donde llenan su odiosa misión; que se les llama por sus nombres y se les tolera y admite, limitándonos á censurarlos en voz baja, á compadecer su extravío, que en el fondo es una perfidia calculada, asesina é inmoral.

¿No habrá medio de paralizar las maquinaciones de esos hombres, de hacerles comprender que las libertades de que gozamos no pueden ni deben servirles de égida para proseguir en sus torpes intentos, contrarios á la integridad y al honor nacional?

Preciso será discurrir la manera, eficaz y terminante, de ahogar aquí el germen separatista, que tanta sangre y sacrificios nos cuestan en la Isla de Cuba.»

Del *Tiempo* (7 del corriente) tomamos los tres sueltos siguientes:

«Desde primera hora se anunció un telegrama con noticias favorables de Cuba; pero el Sr. Moret nos le hizo esperar hasta las cinco y media.

No podíamos averiguar la causa de esta tardanza; pero después hemos sabido, y la discusión lo ha hecho patente, que los amigos del Ministerio se oponían á dar un voto de gracias al general Caballero de Rodas.

El Sr. Salazar y Mazarredo, le pidió á las Cortes, y se vió que el Gobierno no hacía ninguna demostración para asociarse á la satisfacción de la Cámara.

Entonces se leyó una proposición declarando que el general, ejército, marina y voluntarios de aquella isla han merecido bien de la patria; y fué tomada en consideración en votación nominal y por unanimidad.

A continuación ponemos el parte telegráfico á que aludimos.

Antes de que se aprobase, y habiendo quedado solo el ministro de Ultramar, manifestó que comunicaría á Cuba por telégrafo la resolución de la Cámara.

Nueva York 6.—Madrid.—Ministros de Guerra y Ultramar.—Madrid.—Mi plan ha dado excelentes resultados.—Rebeldes completamente dispersos.—Presentados en todas partes. Con ellos se forman compañías de voluntarios en Cascorro y Sibanicú.—Reconocida tierra de Majara, y muertos tres cabecillas.—General americano Jordán se embarcó.—Insurrección, moralmente terminada.—Creo lo estará muy pronto de hecho.—Caballero.—Puerto Príncipe 3 de abril.—

«He aquí la proposición leída esta tarde: Pedimos á las Cortes Constituyentes se sirvan declarar que han oído con viva satisfacción y profundo entusiasmo las noticias que acaban de trasmitirle al señor ministro de Ultramar, y que tanto el general en jefe como el ejército de mar y tierra y los voluntarios de Cuba, han merecido bien de la patria.

Palacio de las Cortes 6 de abril de 1870.—Bugallal.—Mata.—Ruiz Gomez.—De Blas.—Navarro y Rodrigo.—Prieto.—García San Miguel.»

«Después de la sesión se han hecho comentarios en los pasillos del Congreso, sobre una circunstancia referente al parte telegráfico del capitán general de Cuba.

Decían algunos que el Sr. Caballero de Rodas, al dar cuenta de la pacificación moral de la isla, indicaba á aconsejar lo conveniente que sería no llevar á cabo los malhadados proyectos de reforma política, en las provincias ultramarinas.

Algo se cuenta también de advertencias sobre los filibusteros que en Madrid residen.

Si esto es cierto, y lo ignoramos, no es de extrañar la frialdad del Gobierno, durante el debate, sobre la proposición del voto de gracias.»

Cuando la insurrección de Cuba estaba en su período de mayor gravedad, todos los jefes y oficiales que fueron en el cuerpo expedicionario, no tuvieron ascenso alguno al embarcarse, y muchos de ellos, después de un año de campaña, ni una sola gracia han merecido, contrastando esta parsimonia con la prodigalidad desplegada aquí desde la revolución acá.

Los diarios republicanos vienen ya denunciando una cosa á que no habían dado crédito; hoy que la sublevación está casi concluida y que no hay peligro alguno en ir á Cuba, se anuncia que todos los oficiales que pasen á aquel ejército, obtendrán el grado inmediato.

Esperamos que por un sentimiento de justicia, el general Prim otorgue esa gracia á los que se han estado batiendo en Cuba, pues la merecen por sus esfuerzos y espontaneidad al embarcarse los primeros para aquella Antilla.

Dice *La Epoca* que el general Sanz ha manifestado su resolución irrevocable de ser relevado, porque no quiere que se pierda la isla de Puerto-Rico, lo que teme que suceda si se otorgan ahora imprudentes reformas.

Hemos recibido la siguiente carta de nuestro apreciable amigo el Sr. D. Enrique de Villarroya, y como nos lo indica en ella, le damos la deseada publicidad:

«Señor Director de LA INTEGRIDAD NACIONAL. Mi estimado amigo: Hace algunos días dirigí al Director del periódico *La Patria*, el siguiente comunicado:

«Muy señor mío: alejado hace bastante tiempo de la redacción de *La Patria* antigua y de esa capital, no tuve oportunamente noticia del des-cortes despedido que dieron al apreciable corresponsal de París, los redactores radicales que han tenido en sus últimos días el mencionado periódico. Deber mío es dar algunas explicaciones, y acuento con la amabilidad de V. para ponerlas en conocimiento del público.

1.º La digna é ilustrada persona que escribió diariamente las correspondencias que tanto llamaron la atención en los círculos políticos, sólo se prestó á ello accediendo á las repetidas instancias que le hice cuando me hallaba al frente de aquel diario.

2.º No admitió gratificación de ninguna especie y hasta se negó á aceptar el reintegro de los gastos de correo y de otros muchos desembolsos que en más de una ocasión le fué preciso imponerse para adquirir ciertas noticias.

3.º Fácil es comprender que las opiniones del ilustrado y generoso corresponsal no parecieran aceptables á los redactores radicales; pero, dados los antecedentes que á cabo de exponer, y cuando aquel escribía al periódico porque ignoraba la salida de mis queridos compañeros los Sres. Balaguer y la Laiglesia, me parece que habria sido posible dejar de publicar las cartas y abstenerse de escribir un suelto que es por su forma ofensivo.»

Ruego á V., señor Director, que reproduzca estas líneas en LA INTEGRIDAD NACIONAL y le da anticipadas gracias por ello su afectísimo amigo y seguro servidor Q. B. S. M.

ENRIQUE DE VILLARROYA.

Valencia 31 marzo 1870.»

«Sr. Director de LA INTEGRIDAD NACIONAL: Muy señor y dueño mío: Destinado al acreditado periódico que Vd. tan acertadamente dirige á defender los verdaderos intereses de nuestras bellas y ricas provincias ultramarinas, creo que también deben abrirse sus columnas para dar á conocer á los hombres que más se distinguen en ellas por sus buenos servicios, hoy más que nun-

ca, que en la mayor y más importante se ven repetidos casos de sublime abnegación y desinterés, que pasan desapercibidos entre el fragor y confusión de la guerra, y que la justicia pide sean señalados a la Nación entera para que esta conozca a sus buenos hijos y a los que mejor le sirven. Por esto me atrevo a dirigirme a Vd. pidiéndole un lugar en su periódico, para que me sea permitido dar a conocer a un buen español que en la isla de Cuba ha sido ejemplo de verdadero y desinteresado patriotismo.

Por este señalado favor, que espero me concederá Vd., doile anticipadamente las gracias, quedando a sus órdenes como afectísimo seguro servidor Q. S. M. B.

«Reside en Santiago de Cuba un español, natural de Santander, que habiendo pasado a la Isla en su niñez con el deseo de hacer una fortuna y crearse una posición independiente, vió coronados sus esfuerzos al cabo de muchos años, gracias a una constante laboriosidad, a una vida llena de abnegación y a una conducta honrada, que le dió buen crédito y le abrió las puertas del porvenir. Este buen español es D. Manuel Arnáz y Cobres.

«Amigo suyo y testigo presencial de su constancia en el servicio de la patria, creo un deber de justicia señalarlo a los ojos de mis conciudadanos como modelo de leal servidor y de decidido defensor de nuestro glorioso pabellón. El Sr. Arnáz, que pertenece al glorioso instituto de voluntarios de la isla de Cuba desde su creación, fué nombrado sargento primero de una compañía en 1855, cuando la organización de estos cuerpos, y su actividad y buen celo en el desempeño de su cargo le granjearon el afecto de las compañías, y ocho días después fué designado para otro puesto y llegó a recorrer la escala militar hasta haber obtenido en 1860 el empleo de primer comandante, y en 1867 el de teniente-coronel primer jefe del primer batallón de Santiago de Cuba.

«Cuando estalló la insurrección, el batallón estaba casi en cuadro, pues los voluntarios no prestaban servicio activo, y sus filas estaban incompletas. Pero el Sr. Arnáz comprendió muy pronto la necesidad que el gobierno tendría de este poderoso auxilio, y apelando al patriotismo de los buenos y excitando el celo de todos, logró completar la fuerza competente y tener a su mando un batallón, que desde el 12 de octubre de 1868 empezó a prestar un servicio enojoso, continuo, incesante, sin que nunca faltase al punto de honor y de peligro ninguno de sus individuos, viéndose en todas ocasiones al jefe ser el primero en acudir y el último en retirarse, para noble ejemplo y poderoso estímulo de sus subordinados. Nadie ignora en España cuánto se debe a los voluntarios de Cuba por sus mismos servicios y constantes sacrificios en defensa y a favor de LA INTEGRIDAD NACIONAL; pues bien, el primer batallón de Santiago de Cuba es uno de los que más se han distinguido en esta azarosa y triste época, y nada ha podido arredrar a sus individuos, que no se han contentado con prestar el servicio de plaza y trincheras, sino que a su costa, y conducidos siempre por su primer jefe, han efectuado salidas, reconocimientos, descubiertas y expediciones, con fruto en todas ocasiones para la buena causa. Este batallón ha sellado con su sangre, en el campo de batalla, su lealtad y bravura; y en la población, lejos de entregarse al descanso, ha permanecido siempre, en unión de sus otros hermanos en constante alerta contra el enemigo que llenaba las filas del *laborantismo*. Y siempre, en todas ocasiones, las proclamas, las escitaciones y, sobre todo, el ejemplo de su jefe, venia a dar ánimo a los apocados, valor a los tímidos y estímulo a todos.

«La insurrección no le perdonó estos servicios a la causa española, y así es que el Sr. Arnáz ha visto sus fincas destruidas y sus intereses amenazados. Pero qué son los intereses materiales para el hombre que se siente inflamado por el santo amor de la patria? El Sr. Arnáz se olvidó de todo, y siguió siempre a la cabeza de su benemérito batallón, habiendo obtenido del Gobierno, en premio a sus servicios, el nombramiento de coronel de voluntarios y la propuesta para el mismo empleo en Milicias.

«Antes de estos acontecimientos había alcanzado el Sr. Arnáz la honra de haber sido designado por el voto de sus conciudadanos para concejal del Ayuntamiento de Cuba, del que fué luego primer teniente de alcalde y alcalde interino en los momentos de más peligro para el país y de mayores apuros para la corporación. Y también aquí supo distinguirse por su celo, asiduidad y buenas disposiciones para llenar los más apremiantes compromisos del Consistorio. La misma abnegación, el mismo desinterés, le granjearon la confianza del Gobierno y el aprecio de los buenos, y estoy seguro que los días de su administración habrán dejado buena memoria en la marcha del ilustre cuerpo.

«Los sacrificios de dinero, las fatigas personales y las honrosas comisiones que en diversas ocasiones han sido encomendadas al Sr. Arnáz, prueban que supo granjearse la confianza del Gobierno y el aprecio del país.

«Los documentos que, en copia fiel a los originales que conserva el Sr. Arnáz, he tenido ocasión de examinar, gracias a la bondad de un íntimo amigo que quiso conservar memoria de ese buen español, prueban cuán parco he sido en

elogios al hacer esta pequeña relación de hechos muy conocidos en Santiago de Cuba, y justifican la iniciativa que he querido tomar, para que en la Península se conozca a un hombre que tanto ha hecho y hace por la conservación, para España, de la perla de las Antillas y la honra de nuestra gloriosa enseña.

»Madrid 4 de abril de 1870.

R. de G.»

DOCUMENTO PARLAMENTARIO

Discurso pronunciado por el Sr. Navarro y Rodrigo, en la sesión del día 29 de Marzo de 1870.

(Continuación.)

Pues si todos los datos que tiene el Sr. Ministro de Ultramar son viciados, ó son incompletos, ó son recusables; si entre los Diputados de Puerto-Rico hay cuatro que rechazan perentoriamente el proyecto por inoportuno y peligroso para los intereses de la patria; si de los cinco que quedan hay alguno ó algunos que no están conformes con el dictamen presentado; si todo esto ocurre, señores Diputados; si la cuestión es tan grave, ¿por qué no ha consultado el Sr. Ministro de Ultramar con las autoridades de Cuba y Puerto-Rico? ¿Por qué no ha consultado a los capitanes generales de las Antillas, a las corporaciones más respetables, a los jefes de voluntarios y a otras autoridades? ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Es serio, por ventura, el decir lo que ha dicho S. S. contestando a una petición de documentos hecha por el Sr. Romero Robledo: que S. S. no ha consultado a las autoridades, que no da a conocer su opinión porque no admite que se interponga el veto de nadie, ni el veto de ninguna autoridad, para suspender los pensamientos del Gabinete, para suspender las decisiones de la Cámara? Yo creo que esto será un recurso oratorio, una estratagema parlamentaria para interesar y decidir nuestro amor propio en favor de las opiniones del señor Becerra y en contra de las opiniones de aquellos capitanes generales. Pero lo que palpita en el fondo de esta cuestión, al menos lo que creo que se vé en esta cuestión, es un deseo de que fallemos a oscuras, de que fallemos deprisa, sin conocer la opinión de aquellas autoridades, que pueden haber presentado sus objeciones; que pueden haber hecho sus observaciones al Gobierno, a quien han dicho la verdad; que el mismo Gobierno cree que le han dicho la verdad; que porque le han dicho la verdad las tiene en sus puestos; que para decirle la verdad las mantiene allí el Gobierno español y la Nación española, y que porque han dicho la verdad con arreglo a sus conciencias y al interés de la patria, debemos nosotros conocerla de antemano para resolver también esta cuestión con arreglo a nuestras conciencias y al interés de la patria.

Esta información de las autoridades de Cuba y de Puerto-Rico, de las corporaciones respetables y de los jefes de los voluntarios que operan en Cuba, y son representación de sus industrias y de su comercio y de su vida (que no es una colección de perdidos la emigración constante española, la emigración anual española, que va a las Antillas, sino un elemento de trabajo; no es una colección de perdidos que tengan desarrollado sólo el órgano de la adquisividad, sino un elemento de trabajo, que enriquece y fertiliza aquel país, bien que forme capitales, bien que constituya fortunas por el camino más honrado y más puro, que es el trabajo, sea dicho esto de paso en desagravio de nuestros hermanos de Ultramar y para ilustración de algunas personas que no dejan de tener también bastante desarrollado ese órgano de la adquisividad; esa información que yo solicito, esa información que yo deseo del Sr. Ministro de Ultramar, era tanto más conveniente, tanto más necesaria, tanto más patriótica, cuanto que tenemos la información abierta en tiempos del Sr. Castro, en la que los representantes de Ultramar pedían tales reformas, que antes que realizarlas íntegramente, fuera mejor reconocer su independencia. Esta información, iniciada con los fines más patrióticos; esta información, iniciada por un Ministro ilustre; esta información, iniciada por el Sr. Cánovas del Castillo, como prólogo de las reformas que nosotros pensábamos que el Gobierno a que pertenecía el Sr. Cánovas, en los tiempos a que me he referido, debía llevar a las provincias de Ultramar; esa información tuvo el inconveniente de que los que se podían considerar como representantes de las Antillas, pedían tales reformas, repito, que era preferible dejar, antes que realizarlas, a las Antillas abandonadas a sus propias fuerzas.

Ya sé yo que las autoridades que mandan en las Antillas, los capitanes generales de Cuba y Puerto-Rico, las Audiencias y corporaciones más respetables, los jefes de los voluntarios, tendrán pretensiones exajeradas; ya sé yo que acaso no querrán hoy por hoy ninguna reforma; pero entonces, enfrente de estas pretensiones exajeradas, aparecía el Gobierno como mediador natural, y presentando al mundo una y otra información, la información de los delegados antiguos de Ultramar y las informaciones modernas de los elementos insular y peninsular, que pelean por la causa de España en Cuba, el Gobierno español podría introducir reformas en aquellas provincias en el orden económico, en el orden administrativo, en el orden político y en el social, que llevarán el sello augusto de la imparcialidad, de la moderación, de la equidad y de la justicia, cosas que no tienen los proyectos de S. S., tal como han venido a la Cámara.

Señores Diputados, lo que el Gobierno pretende de nosotros, ó por mejor decir, lo que el Sr. Becerra pretende de nosotros, no tiene ejemplo. Yo recuerdo que cuando tuvo lugar la revolución de Julio en Francia en 1830, también allí, como ahora aquí, se quiso llevar la libertad, cierta libertad, a las colonias, y se presentó un proyecto de ley de acuerdo con las autoridades de aquellas posesiones y de acuerdo con la opinión de las personas más ilustradas.

Aquel proyecto se llevó a la Cámara de los Diputados: allí se discutió largamente, se pidieron informes a los consejos generales, se pidieron informes privados a las mismas autoridades; pasó luego a la Cámara de los Pares; en ella fué ampliamente discutido y ampliamente reformado, y después pasó a la sanción de la Corona;

pero en todo esto se invirtieron tres años, y eso que las colonias estaban completamente tranquilas.

De modo que aquí procedemos a oscuras; de modo que aquí no tenemos memoria de ninguna clase; de modo que aquí no sabemos cómo piensan los capitanes generales de aquellas provincias, que son la representación de la patria en aquellos países; de modo que aquí no conocemos nada; de modo que aquí no hay más que la voluntad y el entendimiento del Sr. Ministro de Ultramar; de modo que aquí el proyecto no ha de pasar por el crisol depurador de una segunda Cámara, y después a la sanción Real, a la sanción del poder moderador por excelencia; de modo que, estando aquellas provincias en combustión, y como si se tratase de una medida ligera y liviana, vamos a echar una tea encendida sobre un inmenso almacén de pólvora; que esta y no otra es la verdadera situación de nuestras Antillas en la actualidad. Grande es el talento del Sr. Becerra; lo reconozco, y reconozco que por él ejerce una gran influencia y tiene una gran autoridad en esta discusión; pero enfrente del talento del Sr. Becerra yo voy a colocar al varón justo, al patriarca del partido progresista español, al patrio insigne, al Sr. D. Agustín Argüelles. Recordad cómo pensaba este ilustre varón en el año 20 al comenzar la emancipación de nuestras colonias; recordad la prudencia que recomendaba a su partido; y si vosotros sois sus dignos herederos, recordad sus palabras, que son su testamento; recordad que se oponía a que tomaran asiento en las Cortes españolas los Diputados de Cuba y Puerto-Rico, y no acompañéis con tanta ligereza al Sr. Becerra en la política temeraria que quiere realizar en las Antillas.

Yo colocaré enfrente de la autoridad y del talento del Sr. Becerra la autoridad augusta del tiempo, la autoridad augusta de la experiencia y de la historia, cuyo fallo, cuyas lecciones voy a presentar ante vuestros ojos; porque, después de todo, la historia, si no es una geometría inflexible, si no es una álgebra con fórmulas precisas (y este es un lenguaje que entiende admirablemente el Sr. Becerra), si no es un tratado de álgebra con fórmulas precisas, no es tampoco un centón de hechos inconexos sin lógica y sin enlace. El hombre es siempre el mismo, y por lo tanto se reproduce en la historia; quite el Sr. Ministro de Ultramar los accidentes, los detalles, que son obra de las circunstancias, y verá que el fondo es siempre el mismo: el pasado es el espejo del porvenir.

(Continuación.)

MANIFESTACION.

La demora que notarán nuestros favorecedores en el recibo del presente número, consiste en que después de principiado el reparto de la tirada que se había hecho, advirtió el que suscribe que se insertaron en él dos sueltos sobre particulares que no estaba en su mente abordar, respecto de los cuales nunca ha sido su ánimo emitir opinión; cuyos sueltos fueron remitidos a la imprenta, siendo su redacción y espíritu desconocidos del que firma.—Dispuesta y efectuada la recogida de casi todos los ejemplares que habían salido de la administración de la Integridad Nacional, se ha remediado ese inconveniente; y esto explica que el que suscribe tenía y tiene formado el propósito de no abordar cuestiones que no considera oportunas, ni útiles para la marcha de este periódico, dedicado, no a atacar partidos políticos, agrupaciones ó sociedades, sino a conservarse neutral entre todos, y a tratar de los asuntos de Cuba.

Antonio G. Lorente.

MADRID: 1870.

Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas, 17.

BOMBA QUÍMICA.

LA INVENCIÓN MÁS IMPORTANTE DE ESTE SIGLO PARA EXTINGUIR INCENDIOS.

Patente de Agosto 29 de 1869.

La inmensa destrucción causada por los fuegos ha llamado la atención pública al modo inadecuado y poco efectivo por los cuales se apagan hoy los incendios, y nada se había descubierto que llenase las exigencias de aquel peligro, hasta la invención de la Bomba

Química, la que después de pruebas muy severas ha establecido su reputación sin rival, como aniquilador completo del más voraz elemento.

Sus ventajas son las siguientes:

- 1.ª Son sencillas en su construcción y pueden ser cargadas por hombres ó muchachos, y en ausencia de estos por mujeres.
- 2.ª La composición extinguidora no mancha ni destruye géneros ó muebles y puede permanecer años en sus latas sin perder sus cualidades.
- 3.ª La bomba se puede emplear, cuando no está cargada, en el riego de jardines, calles, huertas, etc.
- 4.ª El pitón de la manguera es de 1/4 de pulgada y puede apagar el fuego mayor que se presente; por consiguiente la cantidad de agua usada, es sumamente pequeña, evitando de este modo las averías ocasionadas por exceso de agua.
- 5.ª Como el gas se hace con el calor del fuego, ninguna parte de la composición se desperdicia en su trayecto y toda su fuerza actúa sobre la llama con terrible potencia, creando una atmósfera sobre la parte incendiada, subyugando aquella parte é impidiendo el retroceso del elemento destructor.
- 6.ª Esta máquina es de un valor inestimable para los talleres, depósito de los caminos de hierro, almacenes, buques, parques de Artillería, etc.: arroja una corriente de agua bien dirigida sobre 75 pies de elevación y siendo la manguera de bastante extensión puede recorrer el área de cualquier edificio de dimensiones regulares.
- 7.ª Siendo su volumen pequeño, puede conducirse en las acémilas de los ejércitos en campaña, evitando de este modo los accidentes lamentables que son frecuentes en el transporte de sustancias explosivas: en los buques de la marina de guerra, esta máquina es de todo punto indispensable, y es de suponer que los gobiernos exijan como cláusula de seguridad el llevarlas a su bordo todas aquellas embarcaciones que conducen carga humana.
- 8.ª Cuando el fuego es producido por sustancias inflamables y de difícil dominio, es conveniente que además de la carga en la cámara de aire se eche una en el tanque del agua.

Depósitos.—Baños Viejos, 13, Barcelona.

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIÓDICO DEFENSOR DE LOS INTERESES CONSERVADORES EN LAS ANTILLAS ESPAÑOLAS.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Madrid, al mes, 4 reales.—En provincias, el trimestre, 15 reales.—En el extranjero, el trimestre, 24 reales.

Se admiten suscripciones en la Administración de este periódico y en las librerías siguientes: Durán, Carrera de San Jerónimo; Lopez, calle del Carmen; Universal, calle del Arenal, número 16; San Martín, Puerta del Sol; de la Victoria, pasaje Malibú.

Desde provincias y el extranjero se admitirán en libranzas directas a cargo del Administrador, lo menos por un trimestre. ANUNCIOS.—Siendo este un periódico de gran circulación en las Antillas Españolas, se admiten anuncios a precios convencionales.